

LA SILUETA NEGRA



Alejandro Ramos

Algo lo despertó. No era una coincidencia, de eso estaba seguro. Algo que lo acechaba. Aún no sabía qué era, pero aquello lo observaba. Para su corta edad, entendía fuertes verdades del mundo. El pequeño Moisés era más maduro de lo que sus escasos diez años sugerirían. Y ahí estaba. En la profunda penumbra de su habitación, donde eso aguardaba. Y lo había despertado para que se percatase de ello.

Se hallaba entre la vigilia y el sueño. Despertando. Es asombroso cómo la mente es tan rápida al despertarse. Cómo esta saca conclusiones tan rápidamente. Lógicas o no. La mente llegaba a ellas antes de recobrar totalmente la consciencia.

Y allí se hallaba aquello que lo despertó.

La habitación de Moisés, era grande para la edad de su inquilino. Grande para el espacio que podría necesitar un niño que pasaba la mayoría del tiempo fuera. Sólo estaba ahí cuando dormía y poco más. Su familia podía darse el lujo de tal espacio y para un hijo único, esto era más que suficiente. En la habitación, adyacente a la pared y centrado en el espacio, estaba su cama. A cada lado de esta, se hallaba su respectiva cajonera de madera color negro brillante de unos cincuenta centímetros de altura. Ambas idénticas. Sobre cada una destacaban los objetos y decoraciones que uno esperaría encontrar en tal lugar. Las paredes, blancas y lisas, se hallaban decoradas con calcomanías para pared –también llamadas tatuajes de pared– y posters de todo tipo. Era un lugar muy bien decorado al gusto de un chico fanático de las carreras de *Fórmula Uno* y *Guerra de las Galaxias*.

Lo muebles de madera del resto de la habitación, eran de un color idéntico al del par de cajoneras –con excepción del clóset para la ropa, que era de un café natural–. Todo esto destacaba poco para él. Lo que destacó en aquel momento, fue el pequeño baúl silla

acolchonado que se encontraba al pie de la cama, frente a ella. En él, su madre guardaba ropa, sábanas, cortinas y más cosas de poco interés para un infante. Recostado sobre su cama, no podía ver dicho baúl a pesar de estar frente a él, este era más chaparro que la cama. Sin embargo, no fue aquello lo que vio. Lo que vio, era aquello que estaba sentado sobre él. Mirándolo.

Aún en la penumbra, aquello era claro para él. Aun cuando sólo veía una silueta negra, su imaginación se adelantó —de nuevo— a la ilación. Lo veía, y *eso* a él. Era grande, y monstruoso. Ante la tenue luz que entraba por la cortina cerrada de la ventana —que cubría una gran parte de la pared de su lado derecho—, sólo la blancura de la pared era evidente. Todo lo demás —incluyendo a *eso*— lucía sólo como manchas negras a la vista.

Aquello era un perro. Quizá un Dóberman. No, era un Rottweiler, a juzgar por su tamaño y complexión. Incluso, era más corpulento que uno ordinario. Pero sí, *eso* era. Era la silueta oscura de un Rottwailer como el de su amigo y vecino, Jaime. Estaba sentado sobre sus patas traseras. Y aunque su rostro no era perceptible, él lo imagino. Ostentaba un gran hocico chorreante y un par de ojos tan oscuros como su pelaje, ambos parecerían un par de canicas brillantes. Mostraba sus colmillos en una mueca amenazadora. Estaba montando guardia. De algún modo, aquello acechaba al niño. Y vigilaba la puerta que se hallaba a su espalda. De la puerta sobresalía una franja vertical blanca-azul de luz exterior. Tan tenue y apacible como la luz de luna que entraba por su ventana. Aquella puerta estaba emparejada con su marco, más no cerrada. Y aquel perro que lo veía de frente, la vigilaba.

Imaginó su par de ojos diabólicos. Le heló la sangre y le produjo la sensación de que su propio estómago disparaba un constante flujo de consternación directo a su garganta, algo que lo

obligaba a tragar saliva. Era un chico inteligente y mientras más despertaba de su letargo, más ilógico resultaba que aquello fuera un perro real. Aun cuando veía claramente sus facciones, podría ser sólo su imaginación. Aquello podría ser sólo un promontorio de ropa sucia, o quizá sólo juguetes posados sobre una pila de libros de texto y cuadernos de la escuela. No recordaba dónde había puesto todo aquello durante el día. Tampoco había prestado atención a aquel baúl antes de ir a dormir. Nada de eso está dentro del campo de interés de un niño. Y eso era lo peor. No podía estar seguro de qué es lo que formaba aquella espeluznante silueta. Se le ocurrió encender la lámpara situada sobre la cajonera de su lado izquierdo, pero desechó la idea. En el fondo, no quería saber lo que miraba frente a él. La silueta negra que en algunos momentos parecía balancearse y en otros, acercar el hocico en señal de investigación.

La silueta comenzaba a difuminarse. Quizá porque era sólo parte de su imaginación. No. No era eso, era él quien se desvanecía. Se rendía a la vigilia. Cayó en sueño rápidamente.

Soñó horriblemente.

Se vio a sí mismo en el parque Juárez, el más cercano a su localidad. Caminando —con la clásica dificultad de un sueño— sobre la acera contigua al área verde del parque. A lo lejos veía un quiosco, propio de un jardín, pero que no recordaba haber visto nunca en aquel parque. Algo en aquel quiosco hexagonal, tan bello y colonial, con sus decorados de aluminio blanco haciendo de barandilla, sus pilares de cantera, su gorro color salmón que apuntaba al cielo con una punta afilada de aluminio y su escalinata pulcra, le producía una sensación de peligro. En los sueños, a menudo suceden cosas variablemente extrañas, y la única constante en estos, es que no se necesita una guía de instrucciones

para entender sus perversiones de la realidad. Cuando uno está dentro de un sueño, entiende perfectamente todo, por muy extraño que sea. Se entiende cómo funciona. Se entiende qué sucede. Del modo que Moisés entendía que desde ahí dentro, se escaparía algo malo.

Se acercó a los columpios de metal. Pintados como siempre de tantos colores diferentes. Las marcas grisáceas y brillantes desvelaban en dónde se había caído la pintura. Se sentó en uno de ellos, pendiente de aquel siniestro quiosco.

Más temprano que tarde, y apenas con una pequeña distracción, miró emerger del interior de aquel quiosco colonial, la figura de su amigo Jaime. Este tomaba de una cadena con collar de púas a su perro *Chewbacca* —bautizado en honor al personaje mítico de aquellas películas de las que ambos eran fanáticos—. Sin embargo, aquella silueta no era de Jaime, y aquella otra de cuatro patas, no era de *Chewbacca*. Conforme se acercaban a los columpios, Moisés caía más en cuenta de la realidad. El niño que sostenía la cadena, era *algo* parecido a su amigo. Aquel rostro estaba deformado de una forma maldita. En él se veían varias cicatrices al rojo vivo, distribuidas en forma de rayos por toda su superficie, que palpitaban al ritmo de un cántico enfermo. Aquellas marcas rompían el rostro que en algún momento habría sido de Jaime, de una forma tan grotesca que se le antojaba similar a un bulto de plastilina mal moldeado. Su mirada era fría, distante y sombría, como la de alguien que ha asomado la cabeza en algún recoveco del infierno. Era tan grotesco ver la sangre coagulada al margen de cada cicatriz, que sintió subir un escalofrío por sus vértebras, acompañado de unas inmensas ganas de vomitar.

Aquello lo habían hecho unos dientes. No. No cualquier tipo de dientes. Colmillos y garras. Unas tan poderosas como los que

mostraba agresivamente el diabólico Rottweiler que se hallaba al extremo de la correa que sostenía el vestigio de niño. Aquel perro, no parecía realmente un perro. Era un engendro. Un engendro de otro mundo. El engendro de la imaginación del ser más cruel. Engendro de todo lo malo que se puede materializar. Un engendro que lo miraba con un par de ojos amarillos, inyectados de odio. Aquel animal, lleno de llagas y cicatrices de todas formas y tamaños, portador de un olor a carne podrida y caliente, que gruñía con rabia, se abalanzó sobre él, cerrando el primer ciclo de su pesadilla. Dejando un frío y oscuro silencio, segundos después de haber sentido la dolorosa descarga de violencia directa sobre rostro.

En el siguiente ciclo, lo primero que vio, fue a un niño que le resultó escabrosamente conocido. Este vestía unos shorts de mezclilla y una playera roja, que tenía estampada al frente, un cohete que despedaba. Aquel niño tenía una cara de incredulidad. Aquel niño lo miraba sentado desde un columpio. *Algo* lo obligó a acercarse al niño. Algo que lo tiraba de la mano izquierda y lo hacía bajar por la escalinata de un quiosco, desde una correa. Aquella fuerza que lo tiraba, expedía un aura maligna. Lo sentía. Sentía también que su propio cuerpo ardía. Sobre todo su rostro. Su rostro parecía un carnaval de sensaciones, entre las que desfilaban *ardor, pudrición, comezón, punza y corta*, que proclamaban: *“ESTO TE PASA POR GRITAR”*.

Al aminorar la distancia entre su destruido cuerpo y aquel misterioso niño, se percató del misterio. Aquel niño era su amigo de toda la vida, Moisés, que lo veía horrorizado sentado desde aquel columpio. Temblando y sollozando. Quería advertirle a Moisés que algo malo estaba sucediendo, el dolor en todo su cuerpo se lo anunciaba, pero fue incapaz, pues en aquel mundo, él no tenía el control. Aquel dolor que sentía, lo compartiría muy pronto con su gran amigo, cuando la fuerza que lo tiraba desde el brazo se

abalanzara sobre Moisés. La epifanía llegó. Moisés gritaba horrorizado mientras su sangre escurría por los ojos que habían sido perforados por los colmillos de aquella bestia. El devorador. Una plaga del infierno que se había colado a nuestro mundo para alimentarse de carne. Una bestia que volvía a probar el sufrimiento.

El tercer ciclo de su pesadilla, lejos de ser doloroso, fue fascinante y excitante. Sentía en carne propia el hambre que sólo se puede sentirse al no comer nada durante eones. Hambre de carne. Carne que no había sido probada ni depravada antes. Carne virgen. La carne más dulce y tierna. La de un niño. Un niño que lo esperaba horrorizado desde su columpio. Un niño al que se acercaba poco a poco con deseo. Un niño que sabía lo que sucedería, y que sabía que era imposible de detener. La fantasía de los sueños es incuestionable e incuestionada. Un niño con olor a sangre. Sangre en movimiento. Un niño que pronto, sería su segundo plato fuerte. Un niño al que –al igual que aquel otro que arrastraba con la cadena–, torturaría antes de consumir. Él era el siguiente. Dos presas que pronto serían digeridas por la voracidad de la plaga de otro mundo. Dos presas que serían excretadas en un plano diferente al que habían nacido y existido. Le producía un placer increíble. Y lo disfrutaría. Disfrutaría de cada bocado, de cada lágrima, de cada hueso antes y durante su cena. Aquel placer tan grande que sólo disfrutaría un demonio.

Despertó. Se hallaba de nuevo sobre la cama. Sobre la penumbra. Pero ahora, estaba tan avisado como estaría un portero en medio de un partido de fútbol. Aquella pesadilla le confirió una dosis potente de adrenalina. Y allí estaba aquel ser, esperando a devorar cada gota de esta. Montando guardia sobre aquella pieza de madera acolchada en la que su madre guardaba cosas de poco interés. Pero ahora era todo más claro. Aquella repulsiva imagen canina de ensueño se materializó sobre lo que

antes fue una silueta negra. Era un monstruo. Aquel par de luces amarillas que había visto antes, brillaban ahora con lujuria a unos centímetros sobre su perverso hocico.

El miedo que experimentó, pasó de ser una simple ráfaga del estómago a la garganta, a ser un choque eléctrico que corría por cada fibra de su ser, y que le hacía temblar como si aquel clima cálido de Abril no estuviese presente. No sólo era eso. Aquel terrible cosquilleo que viajaba incesantemente, se concentró en una parte de su cuerpo. Su vejiga.

Tenía ganas de orinar.

Aquella bestia lo sabía y lo disfrutaba, lo podía oler tanto como los perros huelen el miedo. Pero aquello no era un perro, y lo que sentía se quedaba corto a la palabra *miedo*. Comenzó a llorar incontrolablemente. Era difícil mantener el llanto en silencio. Lo que menos quería era llamar la atención de sus padres —quienes dormían en una habitación, no muy lejos de la suya—. No quería meterlos en esto. No quería acercarlos a aquella entidad hambrienta. No a ellos. Además, algo en aquella mirada sardónica le decía: *“ESTO TE PASARÁ POR GRITAR”*.

Sin embargo, la bestia reía —o al menos producía algo medianamente parecido a la risa— Lo escuchaba todo dentro de su cabeza. De hecho, más que escucharlo, lo sentía. Le producía una náusea increíble, pues aquello que lo acechaba tenía todo bajo control. No lo comería. Al menos no todavía. Él lo sabía. Sin embargo, esto no cambiaba nada. Era la presa que espera a ser devorada en las fauces de su depredador. No era su momento. Pero ya llegaría. La bestia esperaría. No lo dejaría salir de ahí, eso estaba claro. Resguardaba la puerta con recelo, del mismo modo que lo haría en el mundo que lo parió. Aquel era su deber. Y su momento de comer había llegado. Aquella silueta ya no era un Rottweiler, era

más grande, más amenazadora, y más intransigente. Parecía a un perro, pero estaba lejos de serlo.

Sintió alrededor de sus muslos el líquido caliente que tanto deseaba salir. La humedad que se escurría por sus piernas y encharcaba el edredón era tan desagradable que parecía esparcirse en tono de burla, intentando cubrir el mayor terreno posible. Era demasiada orina.

Necesitó cubrir su boca para ahogar el llanto y los gritos que creyó que estaban a punto de dispararse de su boca. Su rostro estaba casi tan húmedo como sus pantalones. Lloraba con tanta injuria, que el placer de aquella bestia se intensificó. Lloró hasta quedarse dormido, sobre su propio húmedo y apestoso charco de miseria e impotencia amarilla.

La mañana siguiente, lo inundó una profunda sensación de certidumbre mezclada con terror, que experimentó al ver que sobre el baúl al pie de la cama no había nada más que un par de huellas y al notar que las sirenas de ambulancia que lo habían despertado de golpe, provenían de la casa vecina de su amigo Jaime. Si dios es misericordioso, hará que sólo un par de sacrificios sean suficientes para saciar la sed de su creación.